

UNA TERRITORIALIDAD INSURGENTE: SANTA FE LA VIEJA A TRAVÉS DE LA ESCRITURA ARQUEOLÓGICA DE LIBERTAD DEMITRÓPULOS

Luciana Belloni
Universidad del Salvador, Argentina

1. El despertar de la ciudad

Diario *El Litoral*, Santa Fe, lunes 29 de enero de 1951:

LAS RUINAS DE CAYASTÁ PERMITEN RECONSTRUIR LA PRIMITIVA SANTA FE

El director del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales ha enviado una nueva nota al ministro de Justicia y Educación del que depende dicho organismo formulando una serie de consideraciones sobre las excavaciones que continúan realizándose en la zona de Cayastá donde fuera fundada la primitiva ciudad de Santa Fe por Juan de Garay. En esta comunicación el doctor Agustín Zapata Gollán reafirma la seguridad de que el lugar descubierto corresponde íntegramente a la primera Santa Fe, abandonada en 1660 después de trasladarse a su nuevo asiento —el actual— (3).

La noticia del descubrimiento —en 1949, por parte del historiador Agustín Zapata Gollán— de las ruinas de Santa Fe la Vieja, la ciudad primitiva fundada por Juan de Garay, circula copiosamente en la prensa argentina de mediados del siglo XX y llega a manos de la escritora jujeña Libertad Demitrópulos a quien conmueve: ¿cómo habría sido la vida de aquella población oculta durante más de cuatrocientos años? (Demitrópulos “Entrevista...” 402). La autora también comienza a idear su propio proyecto arqueológico capaz de reconstruir aquel territorio que se ha rehusado a permanecer dormido. Esta anécdota constituye la génesis de la producción literaria de su obra más reconocida, *Río*

de las congojas (1981). En la novela, Demitrópulos reescribe un suceso particular narrado por las crónicas coloniales —la llamada “Rebelión de los Siete Jefes”, organizada por los “mancebos de la tierra”— con el fin de imprimir, en los discursos fundacionales, sellos identitarios que han sido invisibilizados por el discurso dogmático característico del contexto histórico recreado: desde la fundación de Santa Fe (1573) hasta su despoblamiento (1660). Los sujetos que adquieren legibilidad en la novela y las hazañas que llevan a cabo hacen de Santa Fe La Vieja un tipo de territorialidad insurgente, un espacio de resistencia frente al poder extranjero y colonizador que ninguna lo autóctono.

Los hijos de la tierra: múltiples perspectivas

Durante los siglos XVI y XVII, el término “mancebo” se refiere a los hombres jóvenes, solteros, rebeldes y jurídicamente dependientes, es decir, excluidos de la propiedad de la tierra y desposeídos de derechos políticos. Desde el discurso del poder, la connotación es étnica y peyorativa: son los mestizos, hijos de madres indígenas y padres españoles (Barriera, “Abrir puertas...” 185). Carentes de reconocimiento material y simbólico, quienes conforman este grupo tienen una sola opción para ascender socialmente: la fundación de una nueva ciudad, acto a partir del cual trastocan su condición de simples soldados por la de vecinos (Barriera, “Conquista y colonización...” 69). En 1573, ochenta mancebos se embarcan desde Asunción hacia el sur, bajo el mando del conquistador Juan de Garay, con el objeto de poblar un territorio sobre el río Paraná y obtener dicha movilidad social. En noviembre de ese mismo año, fundan Santa Fe en la actual Cayastá. A lo largo del tiempo, Garay comete varias injusticias contra los mancebos, quienes, consecuentemente, deciden valerse del poder local: en 1580, al grito de “somos dueños de todo”, inician la Rebelión de los Siete Jefes (Barriera, “Abrir puertas...” 170), dirigida por Diego de Leiva, Lázaro de Venialvo, Pedro Gallego, Rodrigo Mosquera, Domingo Romero, Pedro Villalta y Diego Ruiz¹. Cuarenta horas después, el levantamiento es sofocado por un sector contrarrevolucionario compuesto tanto por el patriciado peninsular como por aquellos que, el día anterior, lo habían fraguado. Los cabecillas son asesinados por sus traidores compañeros, cuyo líder es Cristóbal de Arévalo, y sus cadáveres son expuestos en los caminos de entrada de la ciudad.

Cuando Juan de Garay regresa a Santa Fe, perdona la vida de los implicados en la revuelta; no obstante, estos quedan absolutamente relegados de la actividad política santafesina. Por el contrario, aquellos que la reprimieron se instalan como parte de la elite local, obtienen un mayor reparto de tierras y dirigen el gobierno municipal hasta 1620. El triunfo del poder español es bélico, económico y político,

pero también lingüístico: luego de 1580, el calificativo “mancebo” deja de ser equivalente a “hijo de la tierra”, tal como lo había sido hasta entonces, y comienza a significar “hijo del conquistador antiguo” (Barriera, “Abrir puertas...” 192-194). El padre colonizador europeo desplaza a la madre autóctona como sello de identidad de este grupo social mestizo y oriundo de La Asunción. El término “mancebo” como sinónimo de mestizaje y de una actitud rebelde que lucha por lo que cree que le pertenece se disipa con la decapitación de los siete jefes.

De acuerdo con las recientes investigaciones del historiador santafesino Darío Barriera, el propósito de los amotinados es alcanzar una mayor participación política y reemplazar a Juan de Garay, por lo cual, tanto la traición de Arévalo como la sublevación misma deben ser consideradas un acto de lealtad hacia la Corona española; de hecho, apunta el autor, esta se efectúa bajo la consigna “Viva el rey”:

En el discurso de los rebeldes, es muy claro que ellos hacen la rebelión contra el mal gobierno (la tiranía de Garay, de quien recibían maltratos, lo mismo que de sus funcionarios, según su punto de vista, claro) y deponer a un tirano era un acto de lealtad a la Monarquía. [...]. Entonces todos estaban obrando dentro de un marco de lealtades que, en última instancia, los conducía hacia la cúspide del poder político que les daba sentido a sus acciones (“La Rebelión de los Siete Jefes...”).

Las interpretaciones sobre este suceso histórico han variado a lo largo de los siglos. Las crónicas coloniales contemporáneas a él lo desmerecen. Martín del Barco Centenera, en su poema épico *La Argentina y conquista del Río de la Plata* (1602), concibe el motín como sinónimo de “un desatino, / tan fuera de razón” que, en caso de perpetuarse, conllevaría que “todo el Perú fuera sujeto a la dición y mando de tiranos” (239). El autor cita las pretensiones de los mancebos —“solos poseer quieren la tierra / porque solos la ganaron en la guerra” (242) — para juzgarlas “fingidas causas y razones” (242). El eje del canto no es la organización de la revuelta, sino su feliz sofocamiento: “la canalla argentina reposaba / y el nombre de Filipo celebraba” (248). En 1577, Pedro Lozano continúa en prosa el punto de vista de Centenera.

Durante finales del siglo XIX y principios del XX, historiadores argentinos y españoles han reescrito, con escasas variantes, dicha versión². Aún más, los textos considerados fundacionales de la historia oficial argentina —oligárquica, porteñista, liberal y anticriolla— omiten el caso santafesino o comulgan con la perspectiva de los vencedores³; de esta manera, utilizan la “moral de éxito” como función ideológica legitimadora de su propia dominación (Jozami 214). Por consiguiente, el relato extranjero de los cronistas se instaure como versión hegemónica.

A pesar de ello, la historiografía elabora una posición contrapuesta a la anterior: la rebelión de 1580 es un acto revolucionario regido por un espíritu patriótico cuyo fin es derrocar el poder real y constituir, en su reemplazo, un gobierno independiente. El motín se transforma, a partir de esta lectura, en uno de los primeros núcleos orgánicos del pasado colonial revelador de una democracia argentina embrionaria, en un prolegómeno del pronunciamiento de los días de mayo de 1810⁴. Este enfoque alcanza su máxima expresión en la década del 30 con la eclosión de la corriente revisionista, la cual rechaza los supuestos de la historia oficial y reivindica a quienes han sido marginalizados por ella (Jozami 215). En dicho contexto ideológico, Santa Fe es percibida como abanderada del autonomismo federal y como el territorio donde se escuchó el primer grito de independencia latinoamericano. Incluso el historiador Ramón Lassaga imprime la fecha 1580 en el escudo de armas de la ciudad capital. En la década del 40, muchos investigadores perpetúan, en sus textos, este carácter revolucionario de Santa Fe y contribuyen a que los siete jefes se erijan en uno de los mitos constitutivos de la nacionalidad argentina⁵.

En los años 70, si bien el revisionismo se retrotrae debido a la derrota popular y la renovada vigencia del pensamiento liberal, muchos de sus temas aparecen en trabajos de divulgación histórica (Jozami 219); por lo cual mantiene presente su perspectiva sobre la rebelión⁶. Durante la última dictadura militar y en los años posteriores, el tema es absolutamente silenciado (Ferreira “Presentan una novela...”). No obstante, y pese los regímenes de censura, la escritura literaria de Libertad Demitrópulos tiene aún mucho por decir.

2. Los Siete Jefes y una nueva temporalidad

Río de las congojas se abre con la voz de uno de los principales narradores de la novela: el mancebo Blas de Acuña, miembro de la hueste fundadora de Garay. Al introducir las problemáticas que atraviesa el grupo del cual es miembro, Blas explica que “El mestizaje no es únicamente un alboroto de sangre: también una distancia dentro del hombre, que lo obliga a avanzar, no sobre caminos, sobre temporalidades” (Demitrópulos, *Río...* 31). La vida de los mestizos se ve segmentada por una dicotomía temporal: “los antes” —es decir, los acontecimientos que giran en torno a la llegada de los hijos de la tierra al nuevo territorio desde Asunción— y los “despueses”⁷ —los cuales inician cuando los habitantes deciden planear el éxodo desde Santa Fe la Vieja hacia el sur (Demitrópulos, *Río...* 162)—. El hito que marca esta fragmentación es la Rebelión de los Siete Jefes. Desde las barrancas que bordean el Paraná, Blas narra, retrospectivamente, la historia de su pueblo.

Durante los antes, la futura Santa Fe recibe a los mancebos de espíritu

rebelde y prepotente: “tigres a punto de saltar” (Demitrópulos, *Río...*23), desde la perspectiva de los criollos; “niguas que se hunden en la carne, la pudren y carcomen” (Demitrópulos, *Río...*31), para los españoles. La obra introduce a los siete cabecillas a la manera de héroes épicos con sus respectivos epítetos: “El más dolido era Lázaro de Venialvo; el más fuerte: Pedro Gallego; el incansable: Diego de Leiva; el de las chanzas: Dominguillo Romero; el amante: Pedro Villalta; el de la voz de trueno: Rodrigo Mosquera [...]. Venía también entre los mancebos Diego Ruiz” (Demitrópulos, *Río...* 13). Víctimas de las crueldades de Juan de Garay, los mestizos comienzan a considerarlo el ejecutor de una autoridad falsaria (Demitrópulos, *Río...* 34), hasta que, siete años más tarde, se alzan contra su tiranía. Aunque Blas no forma parte de la revuelta, es testigo de su desarrollo:

Hasta estos apartados sitios llegaron los mestizos voceando: ¡libertad! *Apellidando libertad todo es nuestro* —decían— *y ya no nos mandarán los gallegos prepotentes. Zafémonos del yugo en que nos tienen, que ha llegado la hora. ¿Hay algo más hermoso que la libertad?* (Demitrópulos, *Río...* 34)⁶.

El discurso de Acuña, desde el cual narra el levantamiento, se ve impregnado de un grito coral, anónimo y mestizo, demandante de libertad, Demitrópulos se muestra seguidora de aquellas corrientes que han buscado destronar las bases de la historia oficial: la rebelión se construye, en *Río de las congostas*, no como un mero motín cuyo horizonte fallido es deponer autoridades locales, sino más bien como una verdadera revolución que pretende acabar con el dominio de la metrópoli.

La novela representa, además, la traición de Arévalo, el subsiguiente descuartizamiento de los jefes y, sobre todo, los infortunios que causa, en los mestizos, el vil propósito de Juan de Garay: “imponer un plan donde no entraban hombres sino despueses” (Demitrópulos, *Río...* 92). Estos últimos se definen por cuatro circunstancias principales. En principio, luego del sofocamiento de la conspiración, los mancebos se ven reducidos a seres absolutamente sumisos que se limitan a acatar las órdenes de sus superiores:

Los despueses siguieron con aquello que pasó cuando la plaza se llenó de sangre. No de sangre india, sino de la nuestra. Aprendí a sosegar el ánimo, a guardar el rencor. Aprendí el «sí señor» y el «mande, su mercé», desparramándolo de la boca entre sonrisas. En cambio el Lázaro... ¿Y qué queda ahora del Lázaro de Venialvo sino las meras cenizas? Aparición; rojejes, maldiciones y ayes, viudeces” (Demitrópulos, *Río...*14).

Asimismo, deben afrontar el desconuelo provocado por una guerra contra los quiloazas, timbús, tupís, jarús: “Para los verdaderos agentes

de rey tan poderoso matar era distinto. No se les iba el pensamiento en extravíos desnaturalizados. ¡Gallegos infernales! No tenían su madre india como nosotros y no les pesaba de afrontar a sus mediohermanos” (Demitrópulos, *Río...*30).

Con el tiempo, aparece una enemiga poderosa: Buenos Aires, aquella amante de Garay que todo lo ambiciona y absorbe para sí. El conquistador español imparte nuevos deberes entre los santafesinos: socorrer a la gran ciudad cada vez que esta lo requiera, principalmente, del ataque indio. Además, una vez que el puerto de Buenos Aires constituye una salida atlántica, Santa Fe se consolida como mero “cruce de caminos”, tal como fue pensada desde su fundación⁹. En consecuencia, los personajes de Demitrópulos observan pasar por las costas del Paraná aquellos barcos indiferentes que solo descargan sus mercancías en el territorio sureño (Demitrópulos, *Río...* 18). En *Río de las congojas*, Santa Fe no es una ciudad autónoma con valor propio, sino una mera resguardadora del bienestar ajeno y un espacio de tránsito siempre estéril en comparación con Buenos Aires, cuyo puerto la posiciona como centro de poder:

En los despueses estaban también las fatigas de las marchas y contramarchas que hacíamos para defender esa ciudad sureña, Buenos Aires, estando vivo y aun difunto, Garay [...]. Es un decir, pero difunto este hombre seguía haciéndonos cumplir su pensamiento de ponernos en una encrucijada, como cuña, en servicio de aquella ciudad. Por Santa Fe se va al Sur. Por aquí también se va a Lima y a Chile. Él quiso que fuéramos camino; no puerto. Algo para el paso; posta. Nos retaceó el destino de ambición por el que salimos de La Asunción. Nos dejó el camino. ¿Y el río? ¿Qué fue del río? Eso es lo que nos quitaron. El río fue para los otros. Para nosotros las congojas y desabrimientos (Demitrópulos, *Río...* 97-98).

Los pasajes que se dedican a señalar las tensiones entre ambas ciudades son indicadores de un proyecto con voluntad federalista, rasgo propio de la obra de ficción de Demitrópulos (Abbate, “Libertad Demitrópulos...”). La autora embiste contra el yugo extranjero, pero también contra la tradición centrada en Buenos Aires y la región pampeana que se ha fortalecido a costa de desoír los intereses económicos, sociales y políticos del resto del país.

Por último, debido a ciertas adversidades, tales como el asedio indígena o las constantes crecientes del Paraná, los santafesinos deciden emprender la migración; por lo cual, la tierra se transforma en un espacio en blanco, “como si aquí —explica Blas— no hubiera vivido nadie, nunca, y estos cien años desde que bajamos con Garay fueran el sueño de algún viejo sentado solitario en la barranca carcomida” (Demitrópulos, *Río...* 111). Los despueses muestran, en esta instancia, su efecto más nefasto: sepultan la ciudad en el olvido (Demitrópulos,

Río... 19). Aquella Santa Fe que, en 1580, afrontaba al poder tirano, se muestra, en 1660, absolutamente derrotada. No obstante, si bien se ha puesto fin a la insurrección bélica, existen otros puntos de resistencia activa que no han podido ser extinguidos.

Durante el éxodo, uno a uno los habitantes vienen en busca de Blas para persuadirlo de que los acompañe en la travesía y uno a uno son despedidos por él sin afabilidades. Entre ellos, se encuentran los descendientes de los siete jefes; el mestizo conversa, especialmente, con los familiares del líder de la rebelión, Diego de Leiva. Al cuestionarse por qué estos abandonan la tierra de sus antepasados aun conservando su apellido, su sangre y su recuerdo, Blas aventura una suposición: “El último Leiva tal vez no oye, como yo, en las fragilidades de los despueses, la voz de su abuelo (¿o bisabuelo?) apellidando libertad a una ilusión” (Demitrópulos, *Río...* 114). Los despueses no logran silenciar completamente a esta Santa Fe que mantiene inscripta, en sus caminos, las huellas de quienes han luchado y muerto por ella (Demitrópulos, *Río...* 118). El mestizo decide quedarse, porque renunciar a su sitio equivale a extraviar los nombres de sus héroes y la causa que los unió.

Otro de los caminantes que se propone convencer a Acuña de emprender viaje hacia el sur es Laconis, uno de los hombres de Garay, quien realiza, con anterioridad, otras dos apariciones en la novela bajo los nombres de Nicolás y Sállocin¹⁰, siempre con idéntico aspecto: apenas un muchacho cuyo cabello pelirrojo parece “un incendio en el aire” (Demitrópulos, *Río...* 91). El personaje se identifica con los españoles a partir de ciertos indicios: el terciopelo carmesí que viste —elemento asociado, en varios pasajes del texto, a la cultura extranjera— y el diálogo que mantiene con una de las protagonistas de la novela, Ana Rodríguez. Cuando la mujer española le confiesa nunca haber escuchado el nombre “Sállocin”, este le advierte: “Sin embargo, es igual que el vuestro” (Demitrópulos, *Río...* 58), con lo cual, posiblemente, indique que ambos comparten un mismo origen. Al respecto, resulta interesante la lectura que Norma Mazzei propone sobre este personaje múltiple. La autora subraya el hecho de que el joven porta, en las tres oportunidades, un mensaje que acelera la acción narrativa y, con ello, desencadena consecuencias catastróficas en sus receptores, quienes pertenecen siempre a grupos marginales. En virtud de esto último, Mazzei entiende a Nicolás, y a sus otras dos máscaras, como metáfora de la violencia que ejerce el accionar de lo extranjero sobre la tierra americana: “lo foráneo tiene un valor ambivalente, porque agiliza la historia, provoca el progreso pero, por otro lado, invade y destruye, tal como sucede, en la novela, con Nicolás” (13). El último capítulo de la obra narra el encuentro entre este y Blas. Deseoso de averiguar la identidad del forastero, Acuña evoca a los rebeldes mancebos y las cualidades por las que se han ganado el reconocimiento de su comunidad. Finalmente,

concluye que “De ninguno de aquellos podía descender. Los siete jefes habían sido mestizos, mitad indios, mitad hijos de español. Todos, cual más, cual menos, llevaban esa sangre indígena que el muchacho no parecía tener” (Demitrópulos, *Río...* 171). Apesar de que el final es abierto, Acuña se niega, en varias ocasiones, a acompañar a este extraño al que no reconoce como uno de los suyos. En este punto, rompe con la cadena de los despueses impuesta por el poder colonizador extranjero; desafía un tiempo horizontal, planeado por Garay y representado por Nicolás, que procura abandonar la tierra y, subsiguientemente, el recuerdo de los mestizos. Blas instala, en su lugar, una nueva temporalidad: la de la memoria, aquella en el que “El tiempo simulaba pasar” (Demitrópulos, *Río...* 118)¹¹. La guerra de Acuña contra la dominación española es una guerra contra el cumplimiento de sus ciclos autoritarios. Santa Fe continúa siendo un espacio de resistencia mientras haya un hombre que se proponga acompañar a sus muertos (11) y proteger la memoria de su pueblo. A raíz de este gesto, Blas se convierte, finalmente, en el dueño de la ciudad: “Ahora que los empecinados del orgullo se van yendo, como un señor estoy sentado en la barranca, viéndolos arrear sus pertenencias. ¿Ónde se ha visto señores sin lacayos que mandar? Ya no hay lacayos, todos son señores. Y yo soy el señor de estas ruinas” (Demitrópulos, *Río...* 14). Las últimas líneas de la novela vuelven a mencionar ese pelo rojizo que, en el final, parece haber perdido su poder: no es más que “un incendio que la llovizna apagaba” (Demitrópulos, *Río...* 172).

3. Un mapa de constelaciones

Uno de los efectos que desencadenan las prácticas políticas de los sistemas totalitarios es, sin duda, la borradura de indicios, rastros, índices que atenten contra su hegemonía; es por ello que la literatura de Libertad Demitrópulos, que combate la violencia política, aborda dichas nociones. Para ahondar sobre esto último, nos valdremos de ciertas concepciones que ha establecido Walter Benjamin en sus *Tesis de filosofía de la Historia*, donde revela una de las ideas rectoras de su pensamiento: la redención de la historia y la recuperación de su dimensión subversiva. Lejos de pretender ser exhaustivos, resumiremos aquellos planteos que sirven, a nuestro juicio, para reflexionar sobre la novela.

Benjamin reacciona contra una historia que se manifiesta como acumulación de victorias y conquistas de los poderosos, y aboga por la reivindicación de la tradición de los vencidos, entendida como una serie discontinua de los momentos excepcionales en los que estos se han rebelado contra las cadenas que los oprimían. En contraposición a un tiempo lineal, homogéneo y cuantitativo, de un modelo teleológico universal (Benjamin 15) cuyo único propósito es narrar los triunfos de

la clase dominante y conducir a la sociedad a su debacle (Benjamin 10), Benjamin teoriza sobre un tiempo creativo, heterogéneo, discontinuo, atravesado por aquellos momentos explosivos en los que las clases subalternas han intentado emanciparse. En su tesis VI, sugiere el modo en que dicha reivindicación se lleva a cabo: “Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo ‘tal y como verdaderamente ha sido’. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro” (Benjamin 7). De acuerdo con las interpretaciones de Michael Löwy, la tesis plantean que las generaciones presentes deben recordar las masacres, las catástrofes, los trabajos sangrientos y los episodios de rebelión que han vivido las generaciones pasadas, con las cuales guardan una “una cita secreta” (Benjamin 6), ya que la memoria de estas circunstancias disuelven la visión de la historia como progreso ininterrumpido (Löwy 76). Benjamin le concede a la rememoración una cualidad teológica redentora: ella tiene la capacidad de “decausurar” el sufrimiento aparentemente definitivo de las generaciones antiguas (Löwy 57). Este recuerdo que debe ser apropiado, apunta el filósofo alemán, brilla en un instante de peligro, es decir, en el momento en que la vida del sujeto se ve amenazada debido a que enfrenta el poder que lo subyuga (Löwy 76). Es por ello que la sensibilidad hacia el combate de los vencidos se agudiza por el riesgo de un fracaso actual: cuando el presente se vive como derrota, la memoria de la rebelión de los ancestros puede volverse fuente de una praxis revolucionaria (Benjamin 12). Las nuevas generaciones deben develar las constelaciones que tal fragmento del pasado forma con tal fragmento del presente (Benjamin 16) y, de esta manera, podrán inspirarse en ellas para accionar su propia lucha. En conclusión, la redención del suceso histórico es posible a partir de dos instancias: la rememoración de las injusticias de las cuales han sido víctimas los oprimidos y, además, su reparación, es decir, el logro, en la actualidad, de objetivos semejantes por los cuales estos han luchado, pero que no han podido alcanzar (Löwy 59). Pasado y presente sufren una transformación: el primero, porque, al ser reconocido por el tiempo actual, adopta una nueva forma que podría haberse disuelto en el olvido; el segundo, porque se configura como el cumplimiento posible de aquel anterior combate (Löwy 74).

Río de las congojas presenta la Rebelión de los Siete Jefes —a diferencia de las versiones que sobre ella construyen las crónicas coloniales o la historia oficial— como un caso excepcional en el que los vencidos buscan romper las cadenas de la opresión, como un momento de libertad que interrumpe la línea temporal recta impuesta por un autoritarismo que encuentra en la dominación el único criterio de continuidad. El poder foráneo y vencedor, encarnado en Juan de Garay y luego en el personaje Nicolás, busca eliminar el carácter disruptivo de la rebelión y aspira a

instalarla como origen de una serie de sucesiones lineales, “los despueses”, reproductora de sus propios intereses. Sin embargo, gracias a la memoria de la visión de los mestizos, personificada por Blas de Acuña, la ciudad se manifiesta como espacio de resistencia frente a ese tiempo homogéneo y deshumanizante. Santa Fe —tanto en 1580, con su insurrección bélica, como en 1660, con su insurrección de la memoria— no se somete a quienes buscan subyugarla.

La ciudad puede ser interpretada también en relación con su referencialidad¹². Desde esta lectura, cabe cuestionarse por qué Demitrópulos, durante la última dictadura militar argentina, elige reescribir la Rebelión de los Siete Jefes en Santa Fe la Vieja. Posiblemente, la recuperación de este archivo constituye una estratagema de la autora para discutir la violencia política y criminal de su época evadiendo los mecanismos de censura. Bajo esta clave, Santa Fe conforma un espacio alegórico denunciante del terrorismo de Estado que asoló al país durante los 70 y de la teleología del progreso sobre la cual ha fundado muchos de sus preceptos. Sin embargo, creemos que puede rastrearse, en la obra, una propuesta aún más ambiciosa: a través de la reescritura de la rebelión, esta expone otra forma, además de la alegórica, de relacionarse con ese espacio colonial desde su contexto de producción. Los lectores de la novela podemos trazar, en términos de Benjamin, una constelación crítica entre la Santa Fe de 1580 y 1660 con la Argentina de finales de los 70 y principios de los 80. De esta manera, el territorio santafesino constituye un pasado que acecha e ilumina un contexto vivido como derrota al que se ofrece como posible guía de acción, como fuente inspiradora de combate y de resistencia frente a un poder totalitario actual. Además, en *Río de las congojas*, existe una suerte de estribillo: “vivir es peligrar”. Dos protagonistas pronuncian esta frase: Blas de Acuña, al mencionar el éxodo de los santafesinos y su voluntad de quedarse en la ciudad (16), y María Muratore, la criolla que desobedece los mandatos de Juan de Garay, cuando huye del conquistador habiendo asesinado a dos de sus hombres (134). La cita figura también en otras novelas de Demitrópulos, enunciada siempre por personajes circunscriptos a esferas marginales. Algunos ejemplos son: Isidoro, un lobero cuyo oficio está a punto de quedar obsoleto, en *Piano en Bahía Desolación* (171); y Domingo Pulakis, un militante de la resistencia peronista, en *Sabotaje en el Álbum Familiar* (104). Si bien, probablemente, los personajes se refieran a las vicisitudes que sufren como sujetos subalternos, creemos que los textos habilitan una lectura solidaria con los postulados benjaminianos: la vida es, para ellos, un constante acto de subversión, un constante atravesar momentos de peligro en los que se les ofrece una oportunidad de rebelarse contra el opresor, y con ello, una oportunidad de salvamento.

Hemos comenzado este trabajo con la mención de las expediciones

científicas iniciadas en 1949 por Zapata Gollán, quien, buceando por debajo de Cayastá, provoca el despertar de sus raíces. Inspirada en este acontecimiento, la escritura literaria de Libertad Demitrópulos también es arqueológica: se opone a la falsedad de un tiempo horizontal, actualiza los fenómenos discontinuos del pasado y los presenta en carácter de fósiles y escombros. La autora se parece a su personaje Blas de Acuña: cuando la oscuridad pretende cubrirlo todo, cuando ya no quedan voces que rememoren la historia de estas antiguas ruinas, Demitrópulos se propone preservarlas del olvido, dar a conocer su biografía silenciada y trazar entre ellas y los momentos del presente una mapa de posibles constelaciones.

NOTAS

1 Alfredo Becerra apunta que el primero en llamarlos “Siete Jefes” fue Ramón Lassaga en 1895 (25).

2 Dean Funes (1816) dedica solo unas breves líneas de su *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay* al tratamiento de la revuelta, descrita como un delito y un acto criminal (295). El Padre José Guevara (1882) atribuye a las cabezas del motín el epíteto de “grandes fabricantes de enredos” (313) y considera a Cristóbal de Arévalo el héroe necesario para restablecer el orden transgredido y “restituir el bastón al legítimo poseedor” (313). Vicente Gambón (1907) reacciona contra aquellos que han calificado con el “pomposo título de ‘alzamiento de los siete jefes’” a lo que “en realidad no fue sino un motín que Barco Centenera llamó con razón un desatino” (132). Para Manuel Cervera (1907), la rebelión es una “descabellada intentona”, “un simple incidente de la conquista Española de América” (186).

3 Mientras que Mitre, en *Historia de San Martín y de la Emancipación Sud-Americana* (1887), ignora la rebelión, ya que sitúa el primer levantamiento criollo en el siglo XVIII: Vicente López (1910), en su *Manual de historia argentina*, considera a Cristóbal de Arévalo un “hombre cuerdo y de espíritu conciliador” (131) y a Juan de Garay, un conquistador clemente cuya “mano protectora” (132) permite perdonar la vida a los implicados en la revuelta.

4 Madero (1892), Altamira (1900) y Levene (1911) son representativos de esta perspectiva y han sido fuertemente discutidos por otros autores. Paul Groussac (1916), por ejemplo, se refiere a los dos primeros cuando establece que “Es concepto pueril el de algunos escritores, ebrios de criollismo, que disciernen a simple vista propósitos trascendentales en una mera calaverada, personificando en media docena de desgarrados mancebos, ya notados de años antes por su desenfreno, no sabemos qué aspiraciones fantásticas por prematuras, de los hijos del país al ‘gobierno de lo propio’” (305-306). Groussac critica a ambos historiadores por revestir de un “argentinismo anacrónico” y un “quiebre patrioter” a lo que fue una simple “chirinada” (305-306). En otra línea, Roberto Levillier (1926) valora la búsqueda de mejores condiciones sociales, económicas y políticas por parte de los miembros del levantamiento, aunque considera anacrónico concederle una naturaleza revolucionaria (58).

5 La rebelión es entendida, en esta época, como “la primera protesta armada contra la dominación española en los territorios argentinos” (Lassaga 113); una “expresión genuina de lo nuestro” (Funes 40), una manifestación del deseo legítimo de los criollos “de gobernar sin auxilio de extraños la tierra de su nacimiento y de reivindicar los derechos de los que eran acreedores” (Paredes 3).

6 Juan Martín Vigo (1970) publica un artículo —construido sobre la lectura de Caballero Martín— en *Todo es Historia*, órgano de difusión de la corriente revisionista, donde sostiene que el hecho de que la rebelión haya tenido lugar en nombre de la autoridad real no es más que una simple mascarada, la misma estrategia utilizada por los próceres de 1810 (41) para ocultar la verdadera aspiración de los revolucionarios: establecer un gobierno propio (45). Por su parte, Zapata Gollán (1972) relata, en *Los siete jefes (la primera revolución en el Río de la Plata)*, la forma en la que esta se inscribe en la historia como el primer movimiento criollo que se propuso implantar una autonomía comunal (59-60).

7 Uno de los recursos principales de la estética lingüística de Demitrópulos es la sustantivación de adverbios, la cual crea, en la novela, la ilusión de una oralidad arcaica (Calabrese, “Mujeres que...” 80).

8 Las cursivas son del original.

9 Barrera explica que Santa Fe fue fundada “como una posta entre Asunción y el Río de la Plata y como una llave de paso para la comunicación entre el Paraguay y el Alto Perú” (“Conquista y colonización...” 66).

10 Sálocin y Láconis son anagramas de Nicolás.

11 En la novela, esta frase figura asociada a la memoria personal de Blas. Luego de enunciarla, el personaje siempre se detiene en sus recuerdos: evoca el canto ronco de las abuelas a punto de ser madres (117), a la mujer que ama, María Muratore, junto con su compañero, Antonio Cabrera (118), y a los siete jefes (169).

12 Varios trabajos críticos han estudiado los posibles vínculos que guarda la novela con su contexto de producción. Principalmente, se han concentrado en los siguientes aspectos: la inclusión, como epígrafe, del poema de Yannis Ritsos que recuerda el modo en que los espartanos robaron los huesos de Orestes y propone proteger los cuerpos y la memoria de los muertos de una comunidad —Palermo (1982), Garrote (2001), Calabrese (1994) Tieffemberg (1996), Battaglia y Salem (1992)—, el tratamiento de ciertos personajes que pueden relacionarse con la figura del desaparecido —Domínguez (1991), Kohan (2000)— la recuperación de las voces de criollos, mestizos, mujeres, indios y negros que actúa como una impugnación contra el relato dogmático de la última dictadura militar argentina propulsor de un modelo de ser nacional europeizado, católico e invariable —Favoretto (2009)—.

OBRAS CITADAS

Abbate, Florencia. *Libertad Demitrópulos: Una narrativa de los vencidos: En torno a Sabotaje en el álbum familiar*. Rennes: Amerika, 2015. Web. 13 de enero de 2017. <<https://amerika.revues.org/6237>>

Altamira, Rafael. *Historia de España y de la civilización española*. Barcelona: Juan Gili, 1913.

Barco Centenera, Martín del. *La Argentina o la conquista del Río de la Plata*. Buenos Aires: Ediciones Theoría. Secretaría de Cultura de la Nación, 1994.

Barriera, Darío G. *Conquista y colonización hispánica: Santa Fe la Vieja, 1573-1660*. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2006.

—. “La rebelión de los Siete Jefes fue un acto de lealtad a la Corona” (15 de mayo de 2012). Web. 31 de agosto de 2017. <<http://historiadelpatrimonioi.blogspot.com.ar/2012/05/la-rebelion-de-los-siete-jefes-fue-un.html>>

Barriera, Darío. *Abrir puertas a la tierra. Microanálisis de la construcción de un espacio político. Santa Fe, 1573-1640*. Santa Fe: Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe y Museo Histórico Provincial “Brigadier Estanislao López”, 2013.

Battaglia, Diana; Salem, Diana Beatriz. “Las voces de una nueva realidad”. *Alba de América*. 10. (1992): 18-19.

Becerra, Alberto, *Los llamados siete jefes*, Buenos Aires: Caja Editora, 2011.

Benjamin, Walter. *Conceptos de Filosofía y de la Historia*. Buenos Aires: Agebe, 2011.

Booz, Mateo. *Aquella noche del corpus*. Santa Fe: Imprenta de la provincia de Santa Fe, 1942.

Calabrese, Elisa. “Historias versiones y contramemorias en la novela argentina actual”. *Itinerarios entre la ficción y la historia. Trandiscursividad en la literatura hispanoamericana*. Elisa Calabrese ed. Buenos Aires: Grupo editor latinoamericano, 1994. 53-73.

—. “Mujeres que novelan la historia”. *América Latina: Literatura e Historia entre dos finales de siglo*. Sonia Mattalía y Joan del Alcázar. coords. Valencia: Ediciones del CEPS, 2000.

Cervera, Manuel. *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe. 1573-1853*. Tomo I. Santa Fe: La unión, 1907.

Demitrópulos, Libertad. “Entrevista con Libertad Demitrópulos”. Entr. Diana Battaglia y Beatriz Salem. *Alba de América* V.10, N 18-19 (1992): 399-405.

—. *Un piano en Bahía Desolación*. Buenos Aires: EDAF, 2001.

—. *Río de las congojas*. Buenos Aires: Ediciones del Dock, 2009.

—. *Sabotaje en el Álbum Familiar*. Mar del Plata: EUDEM, 2012.

El Litoral. "Las ruinas de Cayastá permiten reconstruir la primitiva Santa Fe". (29 enero 1951) Web. 21 de Enero de 2017. <<http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/22756/?page=3>>.

Favoretto, Mara. "La alegoría y la multiplicidad de significados en la novela histórica: Río de las congojas de Libertad Demitrópulos". *Alegoría e ironía bajo censura en la Argentina del Proceso*. Estados Unidos: Edwin Mellen Press, 2010. 70-89.

Ferreira, Sergio. "Presentan una novela sobre los Siete Jefes". Entr. *El Litoral* (13 de mayo del 2014). Web. 30 de agosto de 2017. <http://www.ellitoral.com/index.php/id_um/100484-presentan-una-novela-sobre-los-siete-jefes>.

Funes, Dean G. *Ensayo de la historia civil de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay*. Tomo I. Buenos Aires: M. J. Gandarillas, 1816.

Funes, José María. *Revolución de los siete jefes: pronunciamiento de Santa Fe*. Santa Fe: s/n. 1937.

Gambón, Vicente. *Lecciones de historia argentina*. Buenos Aires: A. Estrada, 1907.

Garrote, Jorgelina. "Resignificación del extratexto en *Río de las congojas de Libertad Demitrópulos*". *Transculturación verbal y resignificación de discursos*. Nora González, ed. Argentina: Centro de Publicaciones Universidad Nacional del Litoral, 2001. 69-76.

Groussac, Paul. *Mendoza y Garay*. Tomo II. Buenos Aires: Academia Argentina de Letras, 1949.

Guevara, José. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires: F. Ostwald, 1882.

Jozami, Eduardo. "La tradición liberal argentina y la idea del progreso. Una crítica fundada en la lectura de Walter Benjamin". *Walter Benjamin en la ex Esma. Justicia, Historia y Verdad. Escrituras de la memoria*. Eduardo Jozami, Alejandro Kaufman, Miguel Vedda comps. Buenos Aires: Prometeo, 2013. 209-221.

Kohan, Martín. "Historia y literatura: la verdad de la narración". *La narración gana la partida*. Elsa Drucaroff, ed. Buenos Aires: Emecé, 2000. Vol. 11 de *Historia crítica de la literatura argentina*. Noé Jitrik comp. 245-259.

Lassaga, Ramón. *Tradiciones y recuerdos históricos*. Buenos Aires: J.Peuser, 1895.

Levene, Ricardo. *Los orígenes de la democracia argentina*. Buenos Aires: Librería Nacional de J. Lajouane, 1911.

Leviller, Roberto. *Nueva crónica de la Conquista del Tucumán: 1563-1573*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1927.

López, Vicente. *Manual de la Historia Argentina. Dedicado a los profesores y maestros que la enseñan*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2006.

Lozano, Pedro. *Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires: Gram, 1994.

Löwy, Michael. *Walter Benjamin: aviso de incendio. Una lectura de las tesis "sobre el concepto de historia"*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2002.

Mazzei, Norma. "Río de las congojas, una opción histórica". *Lectura y comunicación*. Buenos Aires: Trilce, 1991.

Mitre, Bartolomé. *Historia de San Martín y la emancipación Sudamericana*. Tomo I. Rosario: Iberica, 1887.

Palermo, Zulma. *Río de las congojas de Libertad Demitrópulos: de la historia al símbolo*. Buenos Aires: Centro de estudios latinoamericanos, 1982.

Paredes, Clementino. "Los precursores de nuestra independencia: los siete jefes". *Santa Fe* (25 de abril de 1930). Web 20 de enero de 2017. <<http://www.santafe.gov.ar/hemerotecadigital/diario/12517/>>

Vigo, Juan M. "Santa Fe 1580: Primer intento de gobierno criollo". *Todo es Historia*. N0 35 (1970): 36-45

Zapata Gollán, Agustín. *Los siete jefes. La primera revolución en el Río de La Plata*. Santa Fe: Colmegna, 1972.